



THE GREEN ONES

Ferran Camps

Ferran Camps

THE GREEN ONES

la historia
que está
revolucionando
la sociedad

El libro que los gobernantes no querrán que leas

ÍNDICE

PRÓLOGO	5
Mi otra historia	8
El momento de brasas.....	11
Mi primera historia	15
El sendero	19
Tan cerca y tan lejos.....	24
El extraño personaje	31
El sistema	36
El territorio JUE	43
La zona Dospé	48
El trébol de cinco hojas	56
¡Menuda vida!.....	65
El juego de las cinco generaciones	72
GPS rumbo a IF.....	80
Mrkts y go-Ries-go	88
Información escondida.....	95
La Gran Noche de los pies gigantes (I)	102
La Gran Noche de los pies gigantes (II)	112
Nada.....	126
¡Cuánto tiempo!.....	129
¿De dónde vengo o de dónde soy?	132
La felicidad	139

La mejor sonrisa	146
Mis recuerdos	149
¡Por fin algo de sentido!	159
La meritocracia.....	168
Haciendo méritos	179
Lluvia de ideas.....	189
El perdón de Estanda	194
La necesidad de control.....	201
El momento de brasas.....	207
Nada cambia, tú cambias, todo cambia.....	212
La catapulta.....	218
La (in) decisión	224
Agradecimientos	230

The green ones

A Ignasi, Guillem y Mireia,
por regalarme el tiempo necesario
para cumplir mi sueño.

PRÓLOGO

Un ser entrañable, peculiar, curioso y carismático nos acompaña a redescubrir muchos de los acontecimientos de nuestras vidas desde una óptica de simplicidad que permite contemplar desde el absurdo hechos considerados como graves. Y desde esta perspectiva, ¡qué fácil resulta que se abran nuevas puertas hasta el momento invisibles!

Nuevos caminos que no vienen definidos sino que uno mismo los va creando con sus propias ideas y creencias, y aquí yace una de las grandes virtudes de este sujeto tan singular: ¡NOS INVITA A PENSAR Y A SENTIR POR NOSOTROS MISMOS! Es premisa fundamental para la verdadera libertad del individuo dentro del sistema educativo actual que las materias enseñadas dejen de ser dogmas y los maestros la autoridad incontestable; sólo así es posible incentivar la curiosidad, la creatividad y la iniciativa y desterrar la disciplina incuestionable. Algunos de los individuos encorsetados por unas creencias, cuanto menos cuestionables, inculcadas socialmente desde la infancia y con las que hemos ido creciendo día tras día, se empiezan a replantear esas “creencias prestadas” al comprobar que gran parte del sistema creado a partir de estas afirmaciones y dogmas se está desmoronando.

La única forma que tiene la humanidad de avanzar es replanteándose teorías admitidas como válidas para reformularlas desde una perspectiva distinta y conseguir un paso más en su evolución, enfocada al futuro y dejando atrás los lamentos y las quejas. Precisamente de este modo se puede conseguir una transformación que nos permita ver alternativas a un sistema que ha quedado obsoleto y, por ello, ya profundamente enfermo.

Es cierto que una enfermedad o crisis es un síntoma de un estado de malestar y también es cierto que se puede curar, pero para ello es necesaria la crítica constructiva, abrir la mente y replantearse aquellas creencias tomadas como verdades absolutas.

Cuando en clase de historia nos contaban que sólo unos pocos, señalados por sus conciudadanos como locos, creían que la tierra era redonda o que el centro del universo era el sol, nos reíamos ante la incredulidad de tanto ignorante. ¿Cómo podía ser que alguien fuera tan bobo para pensar que la tierra era plana? Desde la sabiduría que nos da la distancia, nos quedamos atónitos al comprobar cómo los considerados sabios de la época se seguían aferrando a unas teorías quiméricas para tratar de convencer a la población que sus planteamientos eran los correctos y que debían seguir vigentes. Por suerte, el tiempo, ese juez insobornable que da o quita la razón, se encargó de poner las cosas en su sitio.

Y es en ese momento cuando me pregunto, ¿por qué nosotros nos seguimos aferrando a un sistema que se desmorona? ¿Por qué nos creemos a pies juntillas lo que nos dicen los expertos y los sabios? ¿Por qué no somos capaces de cuestionarnos el sistema actual y buscamos una alternativa? ¿Por qué no aceptamos que la era actual puede haber llegado a su fin?

¿Quizá será porque nos ha funcionado muy bien y nos ha permitido vivir cómodamente en nuestra burbuja del bienestar? ¿Acaso no vivían bien los coetáneos de Cristóbal Colón convencidos de que el mundo empezaba y acababa en su territorio? Eso sí era comodidad, ¡todo bajo control! Pero no. Una mente inquieta les hizo ver que existían otras

culturas, otras razas, otras religiones... y, venciendo su resistencia inicial al cambio y superando el pánico a lo desconocido, tuvieron que desaprender sus antiguas creencias para dejar paso a unas nuevas que les llevarían a reinventarse y aventurarse a conocer nuevos mundos.

Revisando la historia, esa que tanto se utiliza para hacer previsiones y redactar nuevas teorías económicas para predecir el futuro, deberíamos tener la humildad que no tuvieron algunos sabios para admitir que todavía quedan opciones por pensar o pensamientos por cotejar. Deberíamos poner a nuestra disposición todo nuestro potencial y talento para que dentro de quinientos años no seamos nosotros el hazmerreír de los libros de historia como aquellos que se aferraban a un clavo ardiente creyendo que en algún momento dejaría de quemar.

De la misma manera que ha sucedido en los grandes acontecimientos históricos o en los grandes movimientos culturales, tal vez sea el momento de descubrir esas capacidades innatas del ser humano hasta el momento dormidas. Por suerte los humanos no somos solamente seres racionales y aprendimos también a desarrollar nuestras capacidades intelectuales, lo que nos ha llevado a una gran capacidad de control sobre muchos aspectos de nuestras vidas. Pero ahora se nos han descontrolado algunos de ellos, ¿no será el momento de aprender a dejar de controlar y de entender desde otra dimensión encontrando un equilibrio entre nuestras capacidades?

Así os dejo en manos de un individuo que os contagiara ilusión y que os llevará a reír, llorar, sentir y vibrar.

En definitiva, os llevará a vivir.

Mireia Currius

The green ones

Mi otra historia

Mi nombre es Gregorio y soy un bicho raro. No sé si es por mi cara, por mi manera de pensar o por el sitio donde vivo, pero es literal que la ciencia me ha clasificado como un bicho raro. Mentiría si dijera que este apelativo no me ha afectado nunca, pero el destino quiso que un puntapié de Dospé cerca del cerebro me cambiara la vida y a partir de ese momento dejó de afectarme. Tenía cosas más importantes en las que pensar. Dicen, me gustaría saber quién, que la suerte y la casualidad no existen, que sólo existe la causalidad y que todo ocurre por algo. Pues si realmente es así, fue esa “causa que flota libremente en el ambiente”, y no el hecho de que me quisiera suicidar, la que me echó un capote para arrimar mi cabeza a esos tacos de aluminio para que me batieran con todas sus fuerzas y me mandaran literalmente a otro barrio. Parece surrealista, ¿verdad? no lo de la patada en la cabeza, sino lo de que exista una causa que me ayudara a interponer mi cabeza en la trayectoria de esa bota cargada por el diablo para que me patearan la sesera. ¡Como si existiera algo de placer en sentir el frío calor del aluminio rozándote las ideas y salir volando por los aires!

Ocurrió durante una *Noche de los pies gigantes*, una celebración que nos pone a prueba quincenalmente, a veces incluso más a menudo, y en el que cada uno debe aportar el máximo de sí mismo para no perder sus raíces o incluso su vida. Hasta ese momento mi porvenir era del mismo color que la materia de mi cerebro. Me sentía abatido, cansado de haberme olvidado de vivir, sin fuerzas para seguir adelante. Esa fue mi última *Gran noche de los pies gigantes* como víctima. Desde entonces empecé a vivirlas como un espectáculo que te ofrece la oportunidad de disfrutar y crecer. Hoy en día todavía me pregunto qué es lo que ocurrió

dentro de mí para que se produjera ese cambio. Y probablemente lo principal que cambió fue mi punto de vista, que hizo que empezara a cuestionarme esas “verdades absolutas” con las que creces y nunca llegas a plantearte su veracidad. *Si siempre se ha hecho así, por algo será...*

No sé si os habéis cuestionado alguna vez porqué el césped es verde o porqué hay zonas del jardín en las que aparecen manchas marrones, dónde la hierba se muere o dónde las plagas de gusanos y larvas hacen su agosto en primavera. Posiblemente no os lo habéis planteado porque os preocupan otros temas más trascendentales como la crisis, el futbol o el futuro que van a tener vuestros hijos. Y son precisamente éstos los pilares sobre los que gira mi historia.

The green ones

El momento de brasas

Por fin llegó el momento de dar el paso definitivo. Después de todo lo que había sufrido, después de todo lo que había tenido que superar, ahora era el momento de la verdad. Había sido un largo periodo de preparación para dejar que mis antiguos miedos se volvieran a apoderar de mí y no me permitieran enfrentarme a mi pasado. Llevaba tiempo esperando. Casi me atrevería a decir que, aún sin saberlo, llevaba toda la vida esperando este momento. Había soñado tantas veces con tener esta oportunidad que me parecía increíble estar a un paso de lograrlo.

- Ha llegado tu primer *momento de brasas*, ¿estás preparado?

- Si digo que no, ¿cambia algo?

- Supongo que no. –dijo Carlota mientras me daba una palmada de ánimo en la espalda.

- Yo creo que estás más que preparado, pero eres tú el que realmente tienes que sentirlo. Desde fuera las cosas siempre se ven más fáciles. –añadió.

- Ni que lo jures. Siempre tengo la solución para los problemas de todo el mundo menos para los míos.

- Eso es simplemente por los ojos con los que miras.

- ¿...?

- Bueno, ¿estás preparado? – insistió Carlota.

- Supongo que sí. Aunque tengo que confesarte que en este momento me sudan las manos y mi corazón va a mil.

- Eso es normal, estás a punto de romper con tu pasado y desprenderte de una parte de ti siempre es difícil. Pero también tengo que decirte que se requiere mucha valentía para hacerlo. Muy pocos dan este primer paso tan rápido como lo vas a hacer tú. Realmente te admiro.

- Muchas gracias Carlota, pero eso no me consuela. Sigo acojonado, ¿tú no lo estabas la primera vez?

- ¡La primera y todas las siguientes! Pero cuando este miedo se transforma en confianza y en poder, ¡es impresionante! Admito que es una sensación que llega a ser adictiva. Las emociones que recorren tu cuerpo en ese instante son increíbles.

Carlota se levantó de la roca en la que estaba sentada, apretó su puño con fuerza para contagiarme su energía y se alejó en medio de la nube de humo mientras soltaba una de esas frases que adquieren mayor relevancia con el paso del tiempo.

- Es tu momento, recuerda. Es tu momento. No es el momento de nadie más. Te pertenece sólo a ti.

Mientras sus palabras seguían retumbando en mi cabeza, inicié mi proceso de concentración. Me levanté, pies firmes, espalda erguida, hombros hacia atrás, cerré los ojos e inicié una serie de respiraciones profundas. Inspira, uno dos tres cuatro, expira. Inspira, uno dos tres cuatro, expira. Entre la profundidad de las respiraciones y los nervios, sentí que se me iba la cabeza y tuve que sentarme otra vez para no caer redondo sobre el césped. Mi maestro de meditación sentiría vergüenza ajena si me viera en este momento. Tantos conocimientos adquiridos, tanta práctica, para acabar mareado como una sopa en el momento más inoportuno.

Mientras flashes con imágenes de mi “primera vida” pasaban por mi mente, no dejaba de repetirme, como si de un mantra se tratara, *puedes hacer lo que te propongas, puedes hacer lo que te propongas, puedes hacer lo que te propongas.*

Cada vez mi autoconvicción de que podía lograrlo iba *in crescendo*. Tenía clarísimo porqué quería dar este paso definitivo en mi vida, porqué quería dejar de creer que no podía cambiar las cosas y porqué quería superar los miedos que me mantenían anclado en un pasado del que aprendí mucho pero que me aportó poco.

Ahora sí. Mi semblante cambió por completo. Mi mirada se perdió en el horizonte. Me puse en pie mientras un torrente de confianza y poder recorría mi cuerpo. El miedo había desaparecido. Había llegado el momento de dar el primer paso. Sólo eran cinco, a lo sumo seis, los pasos que me separaban de empezar a romper con mi pasado, de empezar a crear el futuro que quería.

Me acerqué lentamente hasta el inicio del camino. No veía nada, no escuchaba nada. Estaba metido en mi mundo. Sólo sentía confianza en mí. Una confianza infinita que me parecía no haber sentido nunca aunque siempre había estado allí. Iba a cambiar mi historia. Estaba convencido de poder lograrlo.

Levanté el pie derecho y...

The green ones

Mi primera historia

Mi nombre es Gregorio.

Si hubiese podido elegir hubiera preferido otro nombre, aunque con el paso del tiempo, no sólo me he acostumbrado a él, sino que además me gusta. Supongo que al fin y al cabo es lo que la mayoría acabamos diciendo. Mis padres, Javier Bie Envenido y María Nestar Agosto, tomaron la sabia decisión de sellar su relación creando una nueva vida y obsequiándome con tan hermoso patronímico: Gregorio Bie Nestar. *Grego* para los más allegados. *Peque* para mis padres y *papá* para mis hijos Guille y Nacho; ese apodo tan usado y genérico para todos los padres de familia y a la vez tan personal y único cuando lo pronuncian tus hijos. Recuerdo la primera vez que me dijeron *papá*, engordé veinte quilos en un instante. Fue una emoción inolvidable sólo comparable a la plenitud que te invade cuando de quién te enamoras te dice *te amo* con el corazón.

Agradezco no haber nacido niña porque a mis padres les gustaba Felicidad. Y os puedo asegurar que a ese nombre no me hubiera acostumbrado en la vida. Sólo de pensarlo, Felicidad Bie Nestar. Ya sólo me hubiese faltado hacer un anuncio de esos de saber a qué huelen las cosas que no huelen.

Mi historia es una historia normal de alguien normal que hace cosas normales. No soy ningún héroe ni he pretendido serlo nunca, aunque mis hijos se empeñen en hacerme sentir así cada vez que jugamos a levantar piedras. Por suerte, con el tiempo se empezarán a dar cuenta de que los verdaderos héroes de su vida son ellos mismos. Y posiblemente coincidirá con ese periodo en el que me verán más como un afable incordio delante de sus amigos que como el héroe efímero de su infancia.

No deja de ser curioso que los adultos nos maravillamos de cómo los pequeños tienen esa capacidad de aprendizaje tan agudizada y se cuestionan cosas que los mayores ya no hacemos. Hemos ido construyendo nuestra áurea con escudos cubiertos de cicatrices todavía abiertas, esperando que nos protejan de no sabemos qué. No nos hacemos preguntas, aunque creemos tener la respuesta a todas. ¡Y además queremos que nuestros hijos las entiendan y las acaten!

A lo único serio que me he dedicado toda mi vida es a dedicarme a vivirla, que no es poco. A disfrutar de cada momento y a poner en práctica lo que mis apellidos se empeñaban en recordarme cada vez que escribía mi nombre. El resto de actividades a las que me he dedicado han servido sólo para generar ingresos. Bueno, también han servido para colgarme una etiqueta y así engrosar las estadísticas sobre la cantidad de bichos raros que realizamos una actividad u otra.

Tengo una cara redonda, divertida, con unos mofletes voluminosos y unas antenas que salen de la parte delantera de la cabeza que acaban en dos grandes orificios que hacen la función de nariz. En la parte superior de la espalda tengo una aleta que todavía no se para qué sirve, porque aparte de molestar para vestirme no le he encontrado ninguna otra función. Tengo cuatro dedos en la mano derecha y tres en la izquierda; cosas de la evolución de la especie de Darwin. Mis piernas son largas y llegan hasta el suelo. Las dos. Cada pie tiene cinco dedos de la misma proporción que se reparten en círculo alrededor del tobillo. Os explico todos estos detalles porque en el microscopio no se aprecia bien.

Vivo en un campo nuevo de Barcelona y mi profesión, junto con la de otros *bichos raros*, es la de mantener el césped en las condiciones

óptimas. Perdonad; la moqueta, como he oído nombrar al campo en más de una ocasión cuando el estado del césped es impecable. Supongo que los humanos creéis que regando el césped cada día, cortándolo de vez en cuando, añadiendo fertilizantes, abonos y no sé cuantos bicharracos más es suficiente. ¡Pues no! Se necesita algo más. Y ese “algo más” somos nosotros, la comunidad de *bichitos cuidadores de césped* (conocidos comúnmente como *verdes*) que vivimos dentro y que nos dedicamos a gestionar, planificar y optimizar todos los productos que nos tiráis.

Hoy podría ser un día cualquiera de un año cualquiera, pero la causalidad quiso que hoy empezara a escribir mi HISTORIA. En mayúsculas.

The green ones

El sendero

24 de enero de 2012

- ¿Tú también te diriges a la *zona Dospé*? – le pregunté a un *verde* que iba andando en mi misma dirección.

- ¿Este camino lleva a algún otro sitio? – respondió sin tan siquiera mirarme.

- Que yo sepa no – le contesté mientras comprobaba como la tupida floresta se cerraba ante nosotros y dificultaba cada vez más el camino hacia mi destino.

- Pues si por aquí no se va a ningún otro lugar, está claro donde voy, ¿no? – me espetó con ese tono de voz desagradable que caracteriza a los bichos enfadados con el mundo.

Decidí dar por finalizada nuestra breve conversación y aceleré el ritmo para dejar atrás a tan pintoresco bicho. No quería que me amargara más mis últimas horas. Con lo mío ya tenía suficiente. Era la segunda vez en casi seis meses que intentaba suicidarme. En la anterior ocasión me tiré al vacío desde lo alto de un esqueje pero el destino decidió frustrar mis intenciones disponiendo un montón de huevas tiernas en el punto donde aterricé. Esperaba correr mejor suerte en esta ocasión. Ahora iría directamente a la *Zona Dospé*, esa zona del campo en la que se reúnen todos los *verdes* y bichos varios que se quieren suicidar para que Dospé, uno de los humanos más destructores que existe, los arrase con alguna de sus patadas o embestidas.

Esta vez no iba a fallar; lo tenía todo planeado. Había estado estudiando con detenimiento los planteamientos tácticos de Jotaeme siempre que visitaba la ciudad condal con el resultado de la eliminatoria

en contra y sin nada que perder. No iba a utilizar trivote defensivo, esa táctica la reservaba para los partidos en su feudo donde las amígdalas apretaban más. Me empujé todos los movimientos de Dospé. Sabía la zona del campo por la que se movía, el punto desde el que acostumbraba a chutar el balón, la trayectoria de su bota al impactar con la pelota, el ángulo de rozamiento de los tacos con el césped, las coberturas zonales que le hacían sus compañeros y las zonas donde maltrataban más la moqueta. Y lo más importante, la zona por donde habitualmente se movía Eleeme, el rival a derribar según las instrucciones de su entrenador, y contra el cuál Dospé impactaba con tal fuerza que arrasaba una media de 2.249 cm² de césped cada vez que le zancadilleaba a la altura de la rodilla. Mi objetivo era estar dentro de esos 2.249 cm². Eso me garantizaba recibir un impacto de 72 KNw capaces de arrasar con una civilización entera. Sobre el papel parecía un objetivo asequible.

Desde mi primer y último intento de suicidio había estado devorando libros y me había convertido en un experto en fútbol y en ingeniería físico-agrónoma para poder garantizar que esta vez no iba a fallar. Ya me había hartado de vivir. No le encontraba sentido a seguir arrastrándome por este mundo. La crisis mundial había podido conmigo y había logrado que ya no me llenara ni la estima ni el cariño de los míos. Había perdido mi trabajo, mis propiedades, todos mis ahorros y cada vez tenía más obligaciones y menos derechos. Primero vino la angustia, después el miedo y más tarde entró en escena el pánico para acabar convirtiéndose en una depresión. Y, como toda mi vida había querido ser el mejor en todo lo que hacía, no me conformé en quedarme en una profunda depresión y decidí ir más allá. ¿Cómo se llama ese estado entre la profunda depresión

y el suicidio? Como no encontré ninguna palabra que lo definiera, decidí que ese estado se llamaría *etreum*, puesto que en él le empiezas a ver la espalda a la muerte antes de encontrarte cara a cara con ella.

Llevaba dos semanas de viaje y mañana tenía previsto llegar a mediodía a mi destino. Quería llegar con tiempo suficiente para preparar como se merecía mi última *Gran Noche de los pies gigantes*. El día en el que el mundo se detiene alrededor de veintidós jugadores para ver en acción a los que se considera, y alguno se autodenomina, los mejores en el arte del balompié. Me había vestido con mi ropa favorita, esa que guardas en el fondo del armario con la ilusión de lucirla en las grandes ocasiones y que cuando te decides a utilizarla ha pasado de moda. Era consciente de que los pantalones pirata y la chaqueta con hombreras no eran la mejor indumentaria para despedirme de este mundo. Ni tan siquiera era cómoda. Pero poco me importaba. No tenía previsto encontrar por el camino espejos ni charcos de agua donde reflejarme.

Más de doce horas de travesía lidiando con todas las especies habidas y por haber de gusanos y larvas me habían agotado. La jornada de hoy había sido extenuante. No sé si por el miedo que pasé al atravesar el territorio de las lombrices o por las emociones que se apoderaban de mí por acercarme a mi objetivo a la misma velocidad con la que me alejaba de mi vida.

Hacía un rato que el débil sol de invierno se había escondido tras la tribuna del estadio dejando que la penumbra abrazara el césped a la vez que el silencio anunciaba la llegada de otra noche fría. Sólo un tímido haz de luz del atardecer iluminaba la parte alta de las imponentes banderas que seguían ondeando en lo alto del lateral del estadio. Había entrado en

el peligroso territorio de las polillas y gusanos voladores y no iba a permitir que su apetito nocturno devorara mi hambre de éxito. Los aspersores se habían puesto en marcha y la mezcla de agua y tierra empezaba a formar un barrizal que no hacía más que castigar mis, ya de por sí, debilitadas piernas. Había llegado el momento de buscar un sitio seguro donde pasar la noche. Iba a ser mi última noche. La antesala de mi encuentro con Dospé.

The green ones

Tan cerca y tan lejos

25 de enero de 2012

El día amaneció con una inusual neblina sobre Barcelona que esperaba fuera desapareciendo a medida que avanzara la jornada, aunque sólo fuera para tener el placer de despedirme del sol, ese manantial de vida todavía gratuito hasta que llegara el día que también lo nacionalizaran y cobraran por él.

Una gota de savia se deslizaba sobre el tierno tallo de un proyecto de amapola a la que las máquinas cortacésped nunca dejarían llegar a flor, hasta caer sobre la hoja bajo la que descansaba, provocando un ruido ensordecedor que me hizo temer lo peor. Por suerte, todavía estaba vivo. Mi porvenir me arropó toda la noche para darme el placer de decidir qué quería hacer con él. Empezaba mi último día. Por fin.

Aproveché el rocío matutino para asearme, improvisé un bocadillo de sales minerales de la gota de savia caída y me preparé para emprender la marcha. Según mis últimas previsiones llegaría a mi meta a mediodía. Salvo inclemencias meteorológicas y/o imprevistos propios de una aventura de este calado, me quedaban alrededor de cinco horas de travesía.

Saqué una hoja de trébol del bolsillo trasero del pantalón en la que había trazado un pequeño esbozo del itinerario a seguir. Cuando estudié la zona exacta del campo donde debía acomodarme para recibir el impacto de la bota de Dospé, dibujé sobre la hoja los caminos y senderos que debía recorrer hasta llegar al punto adecuado. Tenía apuntadas hasta las coordenadas que había calculado vía satélite. Lo tenía todo previsto. Bueno, todo menos que la tinta sobre una hoja desaparece con el paso de

los días. ¡El plano había quedado inservible! No había quién lo entendiera. Apenas quedaban cuatro líneas inconexas que a lo único que invitaban era a utilizar la intuición y el sentido de la orientación. Si tenemos en cuenta que soy de éstos que nunca recuerda dónde ha aparcado, sólo me quedaba confiar en mi intuición. Y si ésta era la misma que me había llevado a confiar en el director de mi oficina financiera para invertir todos mis ahorros en argamasa bajo el lema “la vivienda es un valor seguro que nunca baja” iba apañado. Así que puse en práctica mi mejor virtud: el azar; y le entregué mi porvenir para que me guiara.

Me puse en pie, trepé hasta el punto más alto de una cáscara de pipa abandonada, levanté la mano derecha y la situé sobre mis antenas haciendo las funciones de visera mientras oteaba el horizonte poniendo cara de quién simplemente está verificando el camino que debe seguir antes de emprender la marcha. Por si alguien me estaba observando, no podía evidenciar que estaba perdido. Me quedaba la opción de preguntar, pero yo, ante todo, era un *verde* macho, y nosotros nunca preguntamos cómo llegar a los sitios. Antes preferimos perdernos varias veces y dar las vueltas que sea necesario. Pero nunca, bajo ningún concepto, se debe preguntar a nadie. Es una de esas normas no escritas que saltársela se considera una de las mayores traiciones a tus homónimos machos. Así que me puse en manos de la suerte y empecé a caminar. ¡Algún día mi suerte tenía que tornarse buena!

Después de casi seis horas esquivando los ataques de sabandijas, gusarapos y bicharracos voladores, incluso de pájaros gigantes que venían a picotear las semillas, creía haber llegado a mi destino. De hecho, estaba convencido de haber llegado. Me senté sobre un hongo para descansar y

disfrutar de tan hermoso paraje. Era tal como me lo había imaginado. Una gran explanada de césped tierno con olor a vida, tallos jóvenes entre los que crecían mini tréboles de cinco hojas, una uniformidad casi enfermiza en la altura y proporción de cada hierba que, con el riego automático que se había puesto en marcha y el reflejo de la luz de mediodía, se asemejaba más al impecable trazado del horizonte marítimo que a una porción de un campo de fútbol. Mi mirada recorría lentamente cada detalle de lo que hubiera jurado que era el paraíso si no fuera porque... ¡había cola! ¡Y yo que pensaba que estaría solo! Una hilera de centenares de *bichos* según unos, millones según otros, que estaban esperando para entrar en la zona de influencia de Dospé y que empezaba en ¡un peaje! No me lo podía creer, ¡hasta para suicidarse había que pagar!

Sin recrearme más en mi asombro, me apresuré a ocupar un sitio en la renglera detrás de una mariquita que se estaba acicalando aprovechando el rostro que le devolvía su reflejo en una gota de agua.

- Estás muy guapa mariquita, no te hace falta maquillaje – le dije para romper el hielo.

- Mariquito, perdona, no mariquita, ¿o es que no has visto que mis alas son anaranjadas y no rojas? – me contestó visiblemente molesto.

Levantó la cabeza y pude apreciar un tupido mostacho bajo sus antenas. ¡Glups!! Tragué la poca saliva que me quedaba. Tenía cara de pocos amigos y no parecía que iba a ser yo uno de ellos.

- ¿Cuánto tiempo de espera hay previsto? – pregunté con total naturalidad como si no me hubiera percatado de su enfado.

- Un par de días.

- ¿Qué? ¿Cómo? ¿Un par de días? ¡Eso es imposible! La *Gran Noche de los pies gigantes* empieza en seis horas.

- Pues haber llegado antes.

- ¿Pero de dónde han salido tantos *bichos*? Por el camino sólo adelanté a un *verde*, muy desagradable por cierto, y no encontré a más *bichos* que se dirigieran hacia aquí.

- Pero tú que te piensas, ¿qué todo el mundo viene andando y a última hora? Algunos llegamos volando, otros viven por aquí cerca, otros utilizan el viento como transporte y hasta hay *verdes* como tú que llegan unos días antes y aprovechan para acampar en señal de protesta por el elevado precio del peaje.

Estaba alucinando. Más de cinco meses de preparación para volver a quedarme a las puertas de la muerte. Empecé a dudar seriamente de si mi propia vida me boicoteaba y me mandaba señales para que no la abandonara. Grego, esta vez no te vas a quedar en el intento, no vas a sumar otro fracaso en tu vida, me dije mientras ideaba la mejor estrategia para conseguir llegar a tiempo a la zona de influencia de Dospé antes de que empezara la *Gran Noche de los pies gigantes*. Mi diálogo interior terminó con una pregunta. “¿Qué hacías cuando eras joven y llegabas a un local de noche donde había mucha cola? Buscar a alguien conocido entre la multitud”, contesté rápidamente mientras disimulaba la sonrisa típica de quien ha descubierto la panacea. Y eso es lo que hice. Me despedí del mariquito y desplegué mi encanto sureño, esa cualidad innata en los habitantes del sur del territorio JUE y que tanto éxito tiene entre las hembras del norte, para empezar a avanzar entre la aglomeración

improvisada de especies variopintas. Yo lo llamo *encanto sureño*, en otras zonas del territorio lo llaman *tener morro*.

Entre disculpas y perdones acompañados de una sonrisa amable, técnica que había perfeccionado observando los movimientos escurridizos de las ancianas al divisar un asiento libre en el transporte público, fui progresando. Tantos amigos que había *agregado* a mi vida y no conocía a nadie. ¡Menuda farsa!

Tuve algún que otro problemilla con unas lombrices que intuyeron mis intenciones, pero fingí no hablar su idioma y me escabullí con gran maestría. Ya alcanzaba a ver el peaje pese a que cada vez era más difícil avanzar. Aunque lo más complicado seguía siendo encontrar una cara conocida. No podía detenerme sin saludar a alguien, me lincharían si lo hacía.

Probé de pasar entre dos parásitos y derramé sin querer la bebida de uno de ellos. En cuanto se dieron la vuelta, ya me había esfumado y se las cargó un pobre *verde* que había a su lado. Se creó un gran revuelo que aproveché para adelantar a unos cuantos bichos más. Desde la distancia pude apreciar que el personaje inocente que se vio involucrado en la trifulca era el *verde* estúpido con el que me crucé ayer. Dudé entre ir a socorrerle o hacerme el despistado y seguir avanzando. Mi cuerpo quería seguir adelante, pero mi conciencia me detuvo. Mal día eligió mi moralidad para darme lecciones. Me sabía mal por el pobre *verde*, por muy borde que fuera no tenía porque comerse ese marrón.

En ese momento recordé al héroe de mi infancia. Aquel personaje de mis cómics favoritos capaz de exterminar a sus enemigos con su mera presencia. Posiblemente mi indumentaria era más propia de un antihéroe,

quedando lejos de su mejor versión. Pero no me importó y mi imaginación puso el resto para transformarme en él.

Me dirigí con paso firme hacia los dos parásitos con el ánimo de convertirme en la estrella de la fiesta:

- Perdonad, ¿tenéis algún problema con mi amigo? – solté con voz rotunda y segura mientras el miedo iba jugando con mi esfínter.

- ¿Problema nosotros? No. El problema lo tiene él por tirarme la bebida.

Me acerqué al oído de uno de ellos y le susurré:

- No le hagáis caso, dejadlo en paz. Es un pobre desgraciado que no sabe lo que se hace. Hace tiempo que lo conozco y a mi tampoco me cae muy bien que digamos, pero atizándole cuatro mamporros tampoco vas a solucionar nada. Si lo que quieres es otra bebida, ya te la pago yo, pero dejarlo tranquilo.

- No, déjalo. No hace falta que me pagues nada. Eso sí, llévatelo de aquí antes de que cambie de opinión.

Los retortijones de mi aparato digestivo se iban esfumando a la misma velocidad que la incredulidad se apoderaba de la cara del inocente *verde* invitado a una fiesta a la que nunca debió asistir. Lo agarré por el brazo y me lo llevé, aprovechando la confusión general para adelantar a unos cuantos *bichos* más.

Midiendo visualmente la distancia hasta el peaje, calculé que debían quedar alrededor de dos horas de cola y todavía quedaban cuatro para que empezara la *Gran noche de los pies gigantes*. El *encanto sureño* había funcionado a la perfección.

The green ones

El extraño personaje

25 de enero de 2012

- ¿Por qué me has ayudado? – me preguntó mi amigo desconocido mientras se aderezaba el cuello de una camiseta medio desgarrada que en el pasado debió ser blanca y que le confería un aspecto de dejadez.

- Porque te he visto en apuros y..., si no nos ayudamos entre nosotros, ¿quién lo hará? – mentí.

- Hacía mucho tiempo que nadie me ayudaba.

Se encogió de hombros, bajó la cabeza y añadió con un hilo de voz propio de alguien desolado:

- De hecho, no recuerdo la última vez que alguien me ayudó.

- Y no me extraña, no es que te caracterices precisamente por tu amabilidad y simpatía. Ayer fuiste bastante desagradable – le espeté sin demasiado tacto.

- Lo sé. Es el personaje que he estado interpretando toda mi vida. Y de tanto interpretarlo me he llegado a convertir en él.

- ¿Eres actor? – le pregunté sin mucho interés.

- En cierto modo sí. Me dedico, bueno, me dedicaba, a hacer experimentos a gran escala con la sociedad.

- ¿...?

- Me dedicaba a interpretar un papel en la sombra de la élite económica y a jugar con los habitantes del territorio JUE.

- Sigo sin entenderlo.

- A ver, cómo te lo explico. ¿Sabes lo que es la crisis mundial?

- ¿Qué si lo sé? Por algo estoy aquí. A estas alturas no creo que haya nadie que no sepa lo que es – le contesté mientras seguíamos avanzando lentamente al ritmo que marcaban los encargados del peaje.

- Pues la crisis mundial como tal no existe.

- ¿Cómo que no existe? – respondí visiblemente molesto – ¿Me estás diciendo que estoy a punto de suicidarme por algo que no existe?

- Pues sin ánimo de ofender. Sí.

- Desde luego, si lo llego a saber dejo que mi conciencia pase de largo y no voy a socorrerte. Todavía vas a ser capaz de amargarme mis últimas horas.

- Tampoco se trata de eso. Si me has ayudado es porque se ha despertado algo en ti que te ha llevado a actuar así. No ha sido sólo la conciencia. Incluso a las puertas de la muerte, sabiendo que en pocas horas vas a abandonar este mundo, has decidido ir a socorrer a alguien que ni tan siquiera conoces. Tienes buen corazón y para mí eso no tiene precio. Toda mi vida me he rodeado de *verdes* sin escrúpulos, yo el primero, que lo único que buscábamos era el beneficio propio. Y riqueza y más riqueza. Sin importar a quién pisotear o a quién destruir, con el único fin de seguir amasando una fortuna y un poder que ni con veinte vidas lograríamos pateárnosla – hizo una pausa para coger aire – Por eso valoro muchísimo lo que has hecho. Tienes pinta de ser un buen tipo y por eso quiero contarte toda la verdad sobre la realidad actual y no llevarme el secreto sólo conmigo.

- Realidad, ¿qué realidad? – estaba empezando a sulfurarme - ¿La de que cada día somos más pobres? ¿la de que cada día sube el paro? ¿la de que lo he perdido todo? ¿la de que cada vez tenemos menos derechos y

más obligaciones? ¿la de que cada día los ricos son más ricos y los pobres más pobres? ¿la de que las promesas electorales sirven sólo para romperlas? ¿la de que los que mandan sólo buscan el beneficio propio bajo el disfraz de la democracia? ¿Es ésta la realidad a la que te refieres?

- Sí. Esta misma, pero analizada desde otro punto de vista.

- ¿Punto de vista? Lo mires por dónde lo mires, las cosas son así. Y punto – Afirmé con un tono de voz amenazador que para cualquiera habría significado el final de la conversación.

- Lo único que en este momento es cierto es que los dos estamos esperando en una cola para suicidarnos. ¿No te parece raro que haya cola incluso para quitarse la vida? – añadió con voz enigmática - ¿y no te has percatado que casi el 100% de los *bichos* que estamos aquí somos *verdes*?

- ¿Y?

- ¿Qué les ocurre al resto de *bichos*? ¿Por qué ellos no quieren, o no necesitan, suicidarse?

- No me lo había planteado. Y a estas alturas tampoco voy a hacerlo, poco me importa.

- De eso se trata. De que ya no te importa, de que habéis perdido, tú y el resto de *verdes* que estáis aquí, la capacidad de cuestionaros la realidad. Ya no os preguntáis el porqué de las cosas. Os conformáis con la información que se os da y la aceptáis como verdad única.

- ¿Pero tú quién eres? El salvador del mundo, ¿o qué? – le solté – ¿Ahora vas a darme lecciones de vida? Si sabes tanto y tienes la solución a todos los problemas, ¿qué haces aquí? Si estás haciendo cola para suicidarte será que tus teorías no son tan buenas... - concluí en tono

burlesco moviendo la cabeza repetidamente de un lado a otro y ondeando las antenas.

- En los tiempos que corren se cree que hay más información que nunca, que la globalización ha hecho que la comunicación sea más fluida y que todos podéis acceder a ella libremente. Y precisamente, cuánta más información circula, más información es la que se oculta. La información está desapareciendo y se está convirtiendo en opinión. Hay tantas informaciones diferentes como opiniones individuales. Y eso, sólo en el territorio JUE, equivale a más de mil doscientos millones de opiniones. Y yo soy uno de los cinco que siempre ha valido más por lo que callaba que por lo que hablaba.

Hizo una pausa para envolver sus palabras de mayor suspense. Aunque no le hacía falta. Había conseguido captar toda mi atención.

Se le veía que era un tipo acostumbrado a la retórica. Me intrigaba enormemente esa altivez tan marcada en contraste con la proximidad de su lenguaje.

- ¿Cómo te llamas?

Su pregunta me despertó de mis elucubraciones.

- Grego -respondí- Me llamo Grego. ¿Y tú?

- Me llamo Estanda.

Estanda. Que nombre más feo pensé. Aunque posiblemente no era yo el más adecuado para criticarlo.